



Libre
circulación

CORONADOS

Guillermo Leone

Creative Commons — Atribución 4.0
Internacional — CC BY 4.0



Atribución 4.0 Internacional (CC BY 4.0)

Este es un resumen legible por humanos (y no un sustituto) de la [licencia](#). [Advertencia](#).

Usted es libre de:

Compartir — copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato

Adaptar — remezclar, transformar y construir a partir del material para cualquier propósito, incluso comercialmente.

La licenciente no puede revocar estas libertades en tanto usted siga los términos de la licencia



Bajo los siguientes términos:



Atribución — Usted debe dar [crédito de manera adecuada](#), brindar un enlace a la licencia, e [indicar si se han realizado cambios](#). Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciente.

No hay restricciones adicionales — No puede aplicar términos legales ni [medidas tecnológicas que restrinjan legalmente a otras a hacer cualquier uso permitido por la licencia](#).

Avisos:

[No tiene que cumplir con la licencia para elementos del material en el dominio público o cuando su uso esté permitido por una excepción o limitación aplicable.](#)

No se dan garantías. La licencia podría no darle todos los permisos que necesita para el uso que tenga previsto. Por ejemplo, otros derechos como [publicidad, privacidad, o derechos morales](#) pueden limitar la forma en que utilice el material.

CORONADOS

Los humanos, comparados con otras especies de nuestro mundo, somos los más destructivos. Queremos alcanzar los lugares más altos, colocarnos por encima de todo y de todos, al tope de la pirámide para dominar el mundo. Nos alimentarnos de todas las criaturas que nos apetezcan. Buscamos ser más que los otros, mejores, poderosos, respetados o temidos. En resumidas cuentas: *deseamos ser monarcas*. Pues esta es la buena noticia: alguien escuchó nuestras plegarias y dijo: *¿Quieren una corona?, pues la tendrán.*



En una ocasión en la que venía teniendo pesadillas recurrentes acudí a un chamán quien me dijo:

Ve, conversa con los monstruos que te hostigan, visita su mundo y pregúntales cuáles son sus intenciones. La mayoría de los que llamamos “monstruos” no son más que maestros. Pero así es el hombre: demoniza siempre lo que no comprende, lo que no le gusta; mata al mensajero si no le agradan las noticias.

Todo empezó el diecisiete de noviembre de 2019 en China cuando alguien de cincuenta y cinco años en la ciudad de Wuhan, provincia de Hubei evidenció lo que parecían ser complicaciones por un proceso gripal. Más y más personas empezaron a manifestar esa extraña gripe la cual, en un principio, no llamó la atención de médicos ni de laboratorios. Y no lo hizo pues está previsto que eventualmente una gripe lleve a un desenlace fatal. Es una causa frecuente de muerte en ancianos, quienes son lo que se llama *grupo de riesgo*, aunque deberían llamarse grupo *en riesgo*, un malentendido quizás remanente de la *edad media* cuando se acostumbraba a culpar a los enfermos a demonizarlos y a vincular las enfermedades con el pecado.

Se fueron sumando más y más casos, así que empezaron a investigar y recién para fines de diciembre descubrieron que se trataba de un virus desconocido hasta el momento, pero similar a otros anteriores. Para el inicio del 2020 se habían contabilizado casi cuatrocientas personas con la nueva enfermedad.

Así se dieron cuenta de que la mayoría de los contagiados (ochenta y cinco por ciento) atravesaban por cuadros mas o menos leves el tiempo usual para cualquier virus, entre una y dos semanas. Incluso algunos ni siquiera notaban que habían sido afectados. Sin embargo, un quince por ciento de éstos desarrollaban cuadros críticos, y la tercera parte de estos últimos, es decir un cinco por ciento de los que

se contagiaban, necesitaban terapia intensiva y asistencia respiratoria.

Al revelarse la potencialidad fatal empezaron a tomar medidas para contenerlo, pero ya era tarde: él marchaba varios pasos adelante. Imagina una persecución en la que tu oponente tiene semanas de ventaja... imagina si cada día puede agregar otras dos o tres personas que también deberán ser localizadas y aisladas y esas personas cada día agregan otras más... en quince días pueden superar el millón. Obviamente no se pudo aislar a todas.

Se tomaron medidas de contención drásticas en China, medidas inviables en países democráticos incluso en las democracias más duras. Pero los chinos tienen una población mucho más dócil, herederos de una cultura basada en la disciplina el respeto del orden y la obediencia a la autoridad, una autoridad que en nuestras escalas sería despótica. Esto permitió disminuir los daños, pero ya había hecho sus estragos y había salido al mundo con el objetivo de esparcirse lo más posible.

Un virus para el que no hay vacuna. No hay cura y que puede matarte en días. Con semejante panorama comenzaron a surgir como hongos después de la lluvia los más variados escenarios apocalípticos en la mente colectiva. Diferentes teorías ganaron las calles y avenidas de Internet, para sembrar el pánico y revivir viejos fantasmas como el de la gripe española

(originada en Norteamérica) hace cien años o el de la peste de la edad media.

Es que hoy día la gente ha desarrollado la convicción de que la muerte puede evitarse. Y, para ello, contratamos seguros médicos sofisticados.

Al fin, a comienzos de año se globalizó la noticia y comenzó a hacerlo la presencia del virus. El siguiente desafío era convencer de recluirse a una población narcisista que se siente al tope de la cadena evolutiva y con derecho a su libertad por el solo hecho de haber nacido y no por haberla conquistado. Como sea, no era sencillo que voluntariamente las personas renunciaran a su querida libertad y se autoconfinasen sin mostrarles evidencia de que realmente era imprescindible para detener la progresión de contagios.

Para ser justo no es sólo el narcisismo, Los humanos de hoy somos prisioneros del sistema que hemos creado: del dinero, del trabajo, de las convenciones... por lo cual, no sería fácil persuadirnos de resignar ese centímetro cúbico de libertad que sobra luego de cumplir con todas nuestras obligaciones. Así que, obviamente, la mayoría se negó a obedecer hasta que un actor más persuasivo: la muerte, entró a escena. Dicho actor empezó a caminar por los jardines vecinos mostrándonos que teníamos que revisar nuestras prioridades. Como es lógico sólo entonces comenzamos a tomar consciencia.

Claro que, en una configuración narcisista como la humana, en vez de optar por cuidarnos unos a otros, lo cual significaría horizontalizar las relaciones tal y como lo hace la muerte (que es igual para ricos y pobres, sabios e ignorantes) muchos optan por pelear, rebelarse, culpar, atacar, en fin, descargar su ira en alguien más.

Desde mis primeros encuentros con el Chamán Don Ignacio, me enseñó a ver a la muerte como un maestro: No como un enemigo ni como algo de lo que se debe estar lo más lejos posible. Solía decirme:

Con la vida viene la muerte de la misma forma que la tierra y el cielo no se separan. Aunque miremos sólo a uno de ellos no significa que el otro deje de existir. La muerte está contigo desde que el gran espíritu te arroja a este mundo. Es tu pasaje de regreso al todo, pero un pasaje que tendrás que ganarte.

No todos han tenido el regalo de conocer a alguien como ese hombre sabio. Así que muchos siguen en el limbo de creer que los médicos o los remedios pueden repeler cualquier amenaza.

Mientras pasaban los días fui viendo cómo el miedo iba haciendo presa de las personas. El miedo: la emoción más primaria que toda criatura pueda experimentar, la emoción que reconoce que el don de la vida no es un don cuya conservación está

garantizada. La vida hay que cuidarla... pero cuidarla ¿de qué, de quién? ¿cómo protegerme de lo que no veo? Si fuese un animal, si fuese incluso otro ser humano, o una sustancia venenosa podría protegerme, pero este *enemigo invisible* (así lo llamaron) puede estar en cualquier parte, incluso en los labios de tu amada/amado, en la mano de tu amigo, en la ropa de tu hijo.

Así es como de pronto el enemigo adquirió no uno, sino múltiples cuerpos. Ahora cualquier persona que no respete la cuarentena, incluso los que trabajan para curar a la gente que lo contrae, se convierten en potenciales "*portadores de la muerte.*" Y lógicamente por extensión quienes conviven con ellos.

Pero como he dicho nuestra omnipotencia narcisista nos hace pensar que podemos evitar nuestra muerte. Así que la hostilidad comenzó a enfocarse en *los otros*, sean gobiernos, personas que salen, gente que come comidas que a mi no me gustan, chinos que hace años no viven en China, todos parecen ser vistos como embajadores de *la peste*.

Como es sabido, a mayor ego mayor tendencia a la paranoia, así que no faltaron las teorías conspirativas porque siempre es más fácil buscar un culpable que buscar significados o evaluar la propia responsabilidad con relación a lo que nos sucede.

Por el hecho de vivir en Argentina y ser latinos: pasionales, sanguíneos, quejosos, infantiles y otras

cosas que no detallaré, esto del confinamiento no lo hemos tomado como los chinos. Ansiosos, inquietos, abrumados por el encierro, no es fácil mantenerse autoconfinados. Pronto la cuarentena comenzó a traducirse en un aumento de la violencia doméstica y en diversos síntomas. Hay algo instintivo detrás de eso, y es que toda criatura necesita de un espacio mínimo para su existencia, que con certeza un apartamento pequeño no puede proveer. Allí se asomaba la primera frase del mensaje que me daba a entender que los espacios que hemos creado para existir contrarían nuestra naturaleza profunda. Pero no se si tiene ya sentido pensar en la naturaleza cuando hemos vivido separados de ella tantos siglos.

Sin más preámbulos decidí aventurarme al territorio con la intención de dialogar con el visitante. Estaba advertido de que no sería fácil diferenciarlo de las existencias originadas en rumores impulsados por el miedo.

El aire estaba viciado y repleto de criaturas semitransparentes que flotaban aturdidas e irritadas, quizá porque la posibilidad de no existir les había sido arrebatada. Paridas y lanzadas al viento para luego renegar de ellas, ¡Sí que somos viles progenitores! ¡Negar la paternidad de nuestros propios pensamientos! ¡Tantos rostros! Todos borrosos y cambiantes porque así son las culpas, miedos,

rencores, envidias y los odios de la gente. Persiguiéndonos como perros abandonados buscando dueño... mendicantes, menesterosos, y al fin enfurecidos descargando toda la dotación de fuerza vital con la que fueron creados.

Dicen que cuando una tribu niega el amor a un niño y lo expulsa, volverá de adulto y le prenderá fuego para recibir el calor que no le dieron. Pues así estaban esas criaturas que nadie reconocía como propias, aunque llevaran los genes de la mayoría de nosotros; intentando incendiarnos para poder recibir el calor que les hemos negado.

—Estate muy atento —me dijo el viejo—, debes encontrar al propio monstruo y no confundirlo con los fantasmas que otros ven y describen, fantasmas a los que ellos mismos dieron vida.

—Pero, Don Ignacio, ¿Cómo podré reconocer cual es él realmente? ¿Cómo saber que no he sido yo también engañado por uno de mis fantasmas o temores?

—En tu corazón sabes que hay heridas que no has podido sanar, sabes que has dejado pedazos de tu alma en escenas del pasado tratando de cambiarlo, y sabes que una parte tuya sigue llamando con fervor a un vengador que pueda poner un poco de orden donde tu no eres capaz. Por eso sabrás por tu reacción cuando estés frente a una de tus historias abiertas.

Cuando la medicina no nos puede dar respuesta el pensamiento animista nos auxilia porque queremos explicar todo. Así que el *visitante* comenzó a ser visto como un castigo por los que eligen no criar hijos que no amen e interrumpen embarazos; por los que comen animales que otros no comen; por los que tienen más sexo que el resto, o más variado y obviamente por los poderosos.

Cada quien verá en el virus lo que no quiere ver en sí mismo. Culpas, miedo a ser castigados, situaciones no resueltas, deseos de venganza, frustraciones por sus propias elecciones y el desquite por la envidia a quienes eligen lo que quieren. Y, claro, cada uno leerá un mensaje diferente mirando un pequeño fragmento del gran cuadro.

Algunos pensamos que la génesis del virus está vinculada a la forma brutal en que el blanco, al separarse del *Todo* y creerse más importante que el resto, ha roto el equilibrio en su propio mundo.

—Relájate —continuó el anciano—, tu sabrás reconocerlo cuando *el visitante* te hable te darás cuenta de que trae información que hará vibrar tu alma.

—Y ¿qué le hace pensar que va a dignarse a hablarme a mi?

—Simple, porque *tu lo quieres escuchar*. Es todo lo que él espera. Nadie que lo pueda escuchar

necesitará morir. Pero a las personas no les gusta escuchar algunas cosas, así que para no escuchar pueden arrancarse las orejas y si aun no resulta, cortarse la cabeza.

—No entiendo Don Ignacio.

Si el hombre no hubiese perdido su conexión con el Todo no necesitaría mensajeros con colores llamativos como este; no necesitaría ser atemorizado o herido para abrirse a comprender algo, o para soltar su arrogancia de creerse mejor que otros. Esto parece parte del sistema inmune del planeta y *ha venido a ayudarnos a restablecer el equilibrio que hemos roto.*

Comencé mi búsqueda atravesando diferentes escenarios y en cada uno se desarrollaba una escena distinta. Imágenes aterradoras.

El primero era gótico con cierto aire lúgubre. Un gigantesco hoyo en el piso permitía ver una esfera enorme con cientos de púas que salían de ella como un erizo. Reconocí la imagen de la estructura del virus solo que en este caso estaba rodeado de las clásicas infaltables llamas infernales.

Supe que ese no era el verdadero virus, sino una representación creada por el miedo de muchos. Ostento cierta irreverencia frente a esa mitología de *cielos e infiernos*, y sabía que no era real, pero, en mi indolencia, una de las llamas que disparó el monstruo me alcanzó. Entonces vino su advertencia: *Recuerda*

que, aunque haya sido un invento de los hombres, muchos están a mi servicio...

Ya me estaba dando cuenta de algo que se relacionaba con este virus: quizás una advertencia sobre *el fanatismo*. Las personas con las mentes más cerradas se erigen como dueñas de la verdad y a veces se atribuyen la prerrogativa de decidir lo que otros tienen derecho a sentir y a pensar, incluso pueden castigarlos si fuera necesario. *¡Ah! ¡humanos!, cada uno con su diminuta verdad y su permanente vocación de exterminio de los que piensan y sienten diferente.*

Crean que el hecho de que alguien vea las cosas de otra manera es una acusación de error a lo cual contraatacan con ferocidad antes de escuchar si algo de lo del mundo del otro nos puede sumar sentido. Revisar sus creencias resulta ofensivo. Es como dudar de las lealtades íntimas que tenemos con algo o alguien intocable. Mejor destruir a quien nos pueda cuestionar.

No señores, la edad media no ha pasado. Aún se agitan las espadas de los cruzados en las palabras de sus herederos. Blanden orgullosos sus aceros asesinos ante cualquier sacrílega divergencia. Y esos no son reyes, sino que se autoproclaman representantes de Dios ¡Vaya título arrogante si los hay! Así gestionan su autoindulgencia por el autoritarismo de los que dicen aplicar la palabra del supremo. ¿Dónde ha dicho el creador que destruyan su creación? ¡Bah! ¡pequeñeces! ¡pura semántica!

Seguí mirando escenas. Siempre cargadas de miedo. Las había lujuriosas, y avaras. Era una galería donde se representaban los pecados capitales y para cada uno de ellos un verdugo que, con sádica justicia, mostraba sus dientes ávidos de sangre.

Incluso había varios que no tenían nada de religiosos y eran bien interesantes. Médicos, científicos, investigadores tratando de abrir una caja fuerte donde presuntamente estaría el tesoro, el gran premio de descubrir la cura.

Me quedé largo rato contemplando la carrera de las batas blancas. Cada uno luchando por ser el primero en descifrar el acertijo y salvar a la humanidad. De nuevo el tema de llegar a la cumbre del reconocimiento, del agradecimiento... más de lo mismo. Me recordaron al profeta católico a quien muchos quieren imitar: Jesús. Con sus túnicas blancas inmolándose para salvar a la humanidad... Y claro, vino a mi memoria esa frase exasperante, bendita frase de Jesús que nos arroja en un lugar devastador de perpetua ignorancia... *“Perdónalos padre, porque no saben lo que hacen”*

Algo me llenó de ardor cuando recordé esa frase, sentí que era tiempo de dejar ese lugar y sin poder controlar el impulso respondí en un grito:

—¡No! ¡Basta de indultos! ¡Basta de madres que nos hacen los deberes! Basta de encontrar atajos

que nos permitan evadir la responsabilidad por nuestros propios actos tanto individuales como colectivos. El indulto fomenta la irresponsabilidad, condena a lo mediocre, permite volver a cometer eternamente los mismos errores.

Grité con todas mis fuerzas *¡Por favor!
¡Padre! ¡No nos perdones más para que al fin
podamos saber lo que hacemos!*

Mi plegaria debió dar resultado porque rápidamente salí de esa bruma fantasmagórica y entré a un claro. Un espacio verde, lleno de sol. Había peces danzando por ríos antes contaminados, cielos claros, sin polución; tortugas en las playas, animales transitando en las ciudades. Un aire fresco y límpido. Era *su* mundo, no el nuestro. Un mundo repleto de vida. Nuestro mundo es enfermo y enfermante. Nuestro mundo es la anti-vida misma.

Conforme me iba internando en esa maravilla libre de la *plaga humana*, el murmullo de los miedos y odios se iba rezagando. Algo me dijo que, por ahora, había dejado atrás a mis fantasmas.

Me había dicho Don Ignacio que las visiones de cada uno siempre estarán tamizadas por la propia historia: *“Así, cuando un maestro se presenta, los cristianos verán a Jesús; mientras que los hinduistas verán a Krishna, y los musulmanes a Mahoma.”* Me

preguntaba, en caso de que lo hiciera, bajo qué forma el virus habría de presentarse ante mí. ¿Sería esa gigantesca esfera con decenas de cornetas saliendo como espinas? Cornetas... como los clarines que usaban para hacer importantes anuncios...

Era hora de develar esa incógnita. Caminé por la pradera verde hasta ver algo que se diferenciaba claramente del resto. A medida que me acercaba se veía que no era grande, tenía poco más de la estatura de una persona media. Y no se parecía a la esfera con las cornetas clavadas. Más bien era como una especie de rectángulo que, conforme me aproximaba brillaba más fuerte. Grande fue mi sorpresa al llegar frente a él y ver que reflejaba mi imagen. Sí: era un espejo. Sin embargo, el *yo* reflejado no se movía en sincronía conmigo, ni copiaba mis movimientos. Mi reflejo no era “*mío*”.

Bien, dije mirando hacia el rectángulo y a mi reflejo congelado dentro... aquí estoy frente a vos. Y lo único que quisiera entender es por qué nos matas, o para qué lo haces.

—Si quieres información debes pedirla —sonó una voz firme y al mismo tiempo dulce en mi cabeza.

—Es lo que hago, preguntar, pedir información, —respondí sin entender completamente su aseveración.

—No estás preguntando. Estás acusando y exigiendo una justificación de tu acusación.

Asumes que yo los mato y luego me preguntas por qué lo hago. Eso no es pedir información, es darla.

Y me apresuré a mostrarle mis suposiciones: —que la sobrepoblación, que la ruptura del equilibrio, la fertilización asistida, la criminalización del aborto, la extensión artificial de la vida, la negación del derecho a la eutanasia en enfermedades irreversibles, y por supuesto la incuestionable depredación del medio... Me dejó hablar mirándome con ternura como quien mira a un niño que habla de sus proezas.

De pronto la imagen en el espejo me sonrió. Era yo, pero no era yo: Era una versión mejorada de mi, más brillante mas atrayente, con una luminosidad y una fuerza increíbles, y con una sonrisa de la cual el mundo se enamoraría. Dijo algo que me dejó pasmado:

—Yo no maté a nadie.

— ¿Qué estás diciendo?

—Lo que oíste: *Yo-no-maté-a-nadie* —separó las palabras como quien habla a un deficiente, y continuó—: y, si en verdad quieres saber por qué alguna gente se muere cuando me encuentra, debes buscar el motivo en esas personas, no en mí.

Rápidamente abrí la página web y miré el contador de casos: cuarenta y siete mil doscientas treinta y una muertes... Sin agregar más nada pues el número que va en aumento era elocuente.

—Ellos se exterminaron a sí mismos. Todos y cada uno de ellos. No fui yo —sentenció imperturbable conservando su sonrisa de remanso.

No estaba listo para esa respuesta. Mi primera sensación era que no me entendía o que me estaba tomando el pelo, quizás era verdaderamente un demonio que me quería enloquecer. Luego me di cuenta de que hago eso cuando alguien me dice algo contrario a lo que pienso. Creer que no me entiende o que me quiere torturar. Continuó:

—*Verás. Yo no soy tan destructivo como me pintan. Quienes mueren son muertos porque su propia violencia defensiva los mata.*

Finalmente entendí a qué se refería. Había leído que la muerte por el Coronavirus se daba por un cuadro en que el sistema inmunológico a causa de la presencia del virus se salía de control y atacaba sin distinguir al virus de las células del propio cuerpo, transformando el estado viral en una reacción autoinmune que acababa con la vida de la persona. Una reacción a la que llamaban *tormenta de citosinas*.

—Sus cuerpos actúan como su mente piensa. Ustedes —continuó sin sacar el dedo del renglón— lanzan una bomba atómica para matarme... su miedo es tan grande que usan las armas más mortíferas que tienen y esas armas acaban destrozándolos a ustedes.

—Es difícil entender eso —dije.

—No lo es. Mira sólo cómo viven. Hay países donde en vez de buscar comida salieron a comprar armas. Ese es el mejor ejemplo. En otros países la gente impidió que los que estando distantes por estudio o trabajo regresaran al calor de su hogar familiar. Algunos repelen a sus propios vecinos médicos o enfermeros, por temor al contagio y cuanto más temor más posibilidad de aniquilarse a sí mismos. El miedo los torna mezquinos, entonces acaparan los productos y alimentos dejando a otros sin nada.

Su miedo es tan grande que necesitan estar siempre listos para el ataque. Van construyendo muros que los aíslan y en soledad tienen pensamientos delirantes viendo a los demás como enemigos. Llega un punto en que su locura persecutoria los hace pelear con cualquiera porque todos tendrán algo “*sospechoso*” y empiezan a ver conspiraciones en todas partes. Por eso te digo que *son ustedes los que crean su propia extinción*.

—Y ¿de donde viene todo ese miedo? —pregunté.

—El miedo proviene de la desconexión con el otro y por ende, con el *Todo* del que somos parte. Y ese miedo tiene razón de ser: Al desconectarse del *Todo* se han vuelto como una hormiga fuera de su hormiguero: insignificantes, pequeños, tristes y desconfiados. Por eso necesitan protegerse. Todo los

irrita u ofende, están a la defensiva y ante el menor indicio de agresión están listos para lanzar una guerra.

Y así como sucede en los pensamientos y sentimientos, se repite en los escenarios microscópicos del cuerpo.

Recordé que conocía varios conceptos que describían esa correspondencia entre sentimientos y biología. Los llamaron *isomorfismo*, *autosemejanza*, *resonancia*... y varios nombres más. El cuerpo refleja los sentimientos y las conductas y se ofrece como un escenario en el que se juega el mismo conflicto dentro que afuera.

Cuando un sujeto deja de reconocer a otros humanos como células hermanas del mismo *cuerpo social*, se crea el *estado febril* que vivimos hoy, donde todo nos irrita. Una parte del cuerpo combate a las células que están a su lado, a sus iguales, y las verán como potenciales peligros. Es lo que hace el sistema inmune en los casos más graves: ataca a las células del pulmón hasta destrozarlas, inflama los tejidos con su ataque hasta que no pueden respirar...

—¿Te das cuenta de que no soy yo quien provoca eso? —Agregó mi interlocutor— Son sus propias defensas guiadas por su locura agresiva y paranoica — y continuó:

Si la persona rechaza ferozmente cualquier opinión o visión que diverge de la propia, si es tan individualista como para sentir que sólo su opinión

vale, sin duda necesita aprender que en ocasiones no es tan independiente, tan autónoma... Y ¿qué mejor modo de abofetear su arrogancia que llevarla al extremo en que *ni siquiera pueda respirar por sí misma?*

Me hizo sentido esto que decía de la intolerancia a lo diferente, a lo nuevo, entendí por qué los ancianos cuya mente va perdiendo plasticidad eran los más vulnerables, y los niños, que son los que más abiertos a la novedad se encuentran son los que menos posibilidades tienen de morir a causa del encuentro con el virus. Continuó diciendo:

—Están aterrados con razón. Pues están rotos, molidos en fragmentos pequeños como granos de arena, pero con egos tan grandes que se creen planetas. Ya no son la roca dura, se han fragmentado hasta el absurdo y son pequeños y vulnerables por causa de eso. Han perdido su grandeza, han olvidado lo que fueron. Son islas en un océano de infinito desconcierto. Sufren su propia soledad al querer ser más que el otro, pero no desisten, quieren ser mejores, vencer y exterminar a los que son distintos. ¡Imagina lo absurdo que es eso sabiendo que la humanidad toda es un gigantesco organismo! Imagina si todas las células fuesen idénticas, no habría órganos, ni cerebro ni huesos, sería una gran masa de carne indiferenciada y sin razón.

¡Ah! ¡Criaturas patéticas! Tuvieron la grandeza y eligieron la pequeñez del individuo. Pelean por

imponerse por ganarle al otro, por ser mejores, y no se dan cuenta de que eso es imposible. ¿Es mejor el cielo o la tierra? ¿La montaña o el lago? ¿El corazón o el cerebro? Ninguno, porque necesitamos de todos, porque cada criatura es necesaria del modo y talante en que fue creada.

Respiré hondo. Me azotaba con verdades y mis lágrimas, como una catarata, confirmaban sus dichos desde mis ojos irritados.

—Quieren tener siempre más porque están vacíos. Sus vidas son farsas que no los llenan, todo es utilería. Utilería que andan cargando de aquí para allá para demostrar a otro cuan exitosos son; para mostrar que hicieron lo que otros esperaban. Pero detrás de esa máscara se expande la soledad hasta invadirlos por completo y aunque no lo creas vengo como respuesta a esa soledad.

Fíjate que otra de las tareas para la que el universo, en este caso tu mundo nos crea a los virus es una que nunca han pensado ni les será fácil reconocer: *la evolución*.

—La evolución ¿en el sentido espiritual o en el sentido biológico? —Pregunté

—En ambos sentidos.

Puedo entender que nos confrontes con situaciones que no podemos apreciar, que nos muestres realidades que nos sensibilicen y nos hagan tomar consciencia de algo. Pero me cuesta entender

que nos hagas evolucionar genéticamente ya que eso se da por combinación de los genes de dos individuos que a su vez traen los genes de muchos más.

—Y dime, ¿acaso sabes como sucede nuestra existencia? —preguntó el visitante en actitud paciente con quien no entiende y cree saber—. Imagina por un momento que no vine a matarlos sino a combinarlos para hacerlos más homogéneos, menos diferentes.

—No entiendo, —respondí.

—Imagina que esa *otra tarea* de combinarlos es mucho más importante que destruirlos lo cual sería a todas luces una tarea idiota que nos mataría también. Así que piensa más allá, y piensa que nosotros pasamos por la mayoría de las personas sin destruirlas, y mientras estamos en contacto con esa persona tomamos algo de ella y lo llevamos hacia otros... Y tomamos algo del algoritmo de cada uno, de su código genético.

— ¿Me estás diciendo que la función de ustedes es transportar y combinar el ADN entre los seres humanos? ¿Algo como entremezclar nuestros átomos?

—Así es. La mayor parte de la población ni siquiera nota que hemos estado allí, nos da tiempo apenas de una semana para recoger información y llevarla a otras personas. La mayoría de nosotros muere en el proceso por esa razón necesitamos fabricar tantos mensajeros. Fíjate que de los trillones

que producimos solo dos o tres consiguen llevar el mensaje a otras personas. Pero así son las cosas.

—Pero ¿para qué recortar genes de uno y llevarlos a otro?

Circulamos como mensajeros de uno a otro creando conexiones genéticas entre las personas, puentes infinitesimales de resonancia. Al combinarlos iniciamos un cambio que eventualmente los hará sentir la conexión y, relajará un poco el individualismo que los desconecta entre ustedes y con el resto de las criaturas.

Cada nuevo componente que reciben aportará sabiduría y conexión con seres con los que no se conectarían ni en doscientos años si esperásemos la vía de la descendencia.

De la misma forma que están ligados a un ancestro distante, por pequeñas secuencias de átomos, nosotros también dejamos algo de eso en el cuerpo que nos hospeda, incluso cuando su sistema inmune nos devora entregamos el legado que venimos recolectando.

Ese es el punto donde se ve claramente que algunas personas son más flexibles y aceptan esta información extranjera con mínimos malestares, porque siempre algo nuevo implica un esfuerzo para asimilarlo y adaptarse a esa información foránea.

—Como tu sabes, todo lo que incorporan del medio les aporta la memoria de cada criatura.

Recordé que una vez Don Ignacio me había dicho algo semejante:

“Cada criatura de la que te alimentas te transmite lo que es, lo que sabe, lo que ha heredado. No son solo sustancias que te nutren, en verdad eso es lo de menos. Son principalmente seres con vivencias, historias y una sabiduría específica. Cuando comes la carne de un animal recibes su poder. Un animal de poder te puede mantener con vida durante semanas, no por su alto valor nutritivo sino por el poder que hay en su cuerpo. Hay que incorporar esos alimentos en el ánimo adecuado, claro. Debes saber que estos trozos de carne pertenecieron a un animal especial y debes consentir y valorar ese legado que te ofrece. Debes abrirte y acoger ese espíritu y esa fuerza en ti. Así es como el poder pasa del animal a ti, asintiendo a él. Si no lo haces respetuosamente posiblemente el animal pelee contigo y tengas una indigestión porque él prefiera ir a la tierra antes que entregarte su conocimiento”. Cada criatura que te nutre te transmite una visión, una sabiduría, un mensaje que debes agradecer y tomar como parte de ti.

Sin embargo, —continuó el visitante— no todos acogen de buen grado los mensajes que provienen de afuera. Nosotros llevamos el aprendizaje, la visión, la historia de otros. Pero no todos están abiertos escuchar y aprender. Algunos

sostienen que ya saben suficiente y repelen cualquier información que provenga de afuera. Se sienten superiores, creen tener la verdad y son quienes, frente a la más mínima divergencia o novedad, despliegan una batalla febril y enfrentan a su interlocutor violentamente, inflando su plumaje para parecer más grandes (procesos inflamatorios) y acaban incendiando su propia casa para que esa información que llevamos no sobreviva. Un precio alto por no resignar ese ego en pro de lo colectivo. Prefieren no hacer espacio en sus pequeños mundos, en sus pequeñas opiniones para algo más allá de ellos mismos. Así que se provocan la muerte.

Por eso vine a ponerlos en silencio, a detenerlos para que razonen, para que se miren unos a otros. Ninguna fuerza, ninguna planta en la naturaleza les dará un camino para evitar ese abrirse al encuentro del otro. En cambio, sí encontrarán numerosos recursos (remedios) para acelerar el proceso de apertura, de flexibilización, de consciencia de totalidad.

Soy un espejo, que les muestra que, si asienten al otro, a la conexión que ustedes llaman “amor” podrían verse mucho más hermosos y enteros, como tu reflejo ahora. Pero hay quien prefiere atacar para no tener que mirarse a sí mismos y claro que son libres de hacerlo. No verán lo solos que están, lo impotentes que se sienten, lo vacías que están sus vidas. Se pelearon con todas las criaturas y ahora se pelean entre ustedes.

—Entiendo lo que dices, sin embargo, hay personas que no son así y de todas formas mueren. Supe de varios ancianos que fallecieron por cederles su respirador a otros.

—La mayoría muere por no entregarse al ser colectivo, pero hay unos pocos que sí son personas excepcionales y que fallecen. Esos seres especiales por lo general ya no requieren de más aprendizajes. Para ellos soy simplemente quien vino a darles lo que se han ganado por derecho: el pasaje hacia la libertad. Gente que ya cumplió su ciclo y que no necesita acabar en una decadencia dolorosa así que les doy el boleto de regreso al *Todo*.

Por otro lado, el hecho de interrumpir la vida de algunas personas que no se espera que mueran ayuda a los que quedan para reflexionar.

—¿Sobre qué cosas por ejemplo?

—Primero y principal: los coloca frente a la noción de que son mortales. Ustedes actúan como si tuvieran todo el tiempo del mundo. Creen que toda muerte tiene remedio, es decir que la ciencia puede vencer a la muerte *si toman el problema tempranamente*. Pierden de vista el hecho de que el tiempo que tienen es limitado y es único. Postergan cuestiones prioritarias como manifestar su amor a quienes aman, expresar sus sentimientos, y cuando sucede que el otro deja de estar se arrepienten. Entonces la muerte les devuelve un sentido de proporción, de qué es lo importante, y lo importante

es la red, las conexiones, los vínculos, y nada es más importante que eso.

—Pero el trabajo es lo que nos permite vivir.

—No es así. Quizás te hayan convencido de eso para que priorices el consumo y el dinero, pero lo que nos permite vivir es la red de la que forman parte aun sin darse cuenta. Las innumerables conexiones que hacen que los vegetales o animales dejen la tierra y lleguen a sus mesas.

Por eso una muerte los sitúa en la evidencia de que no tienen un tiempo ilimitado, por lo tanto, lo que deseen hacer o decir deben hacerlo mientras aún puedan.

—La muerte les muestra que no hay forma de controlarlo todo. Al desconectarse de la naturaleza, al no poder sentir y conocer profundamente el ambiente en el que viven no son capaces de bastarse a sí mismos para el sustento. No saben de donde obtener agua, incluso en tiempos de sequía, no saben como cazar o cultivar su alimento, no saben como construir sus propias casas. Han creado ambientes artificiales que les dan la ilusión de control. Porque pueden obtener agua a cualquier hora sin tener que ir al río, o llenar las vasijas; porque pueden comer carne de todo tipo sin tener que salir a cazarla, porque pueden defenderse de las tormentas y no necesitan protegerse de animales, más que de ustedes mismos... La muerte les devuelve la noción de que sólo son una criatura más en este maravilloso mundo y que si no están

conectados profundamente con el ambiente no pueden sobrevivir. ¿Dicen que yo los sofoco? ¿Que los asfixió? Y ¿qué es lo que están haciendo ustedes con la tala y deforestación? Están eliminando las fuentes de oxígeno y acabarán no solo asfixiándose a ustedes sino a las demás criaturas.

—Por último, otra función de la muerte es la de sumirlos en la reflexión sobre la existencia de otras realidades.

Recordé entonces que en una ocasión me había encontrado con Don Ignacio poco después de la muerte de mi padre. Si bien en las últimas décadas habíamos pasado poco tiempo juntos, ese año nos habíamos visto varias veces; habíamos vuelto a disfrutar de la compañía del otro. Su muerte estaba muy presente en mí, es decir que ocupaba buena parte del día pensándolo. Recordaba situaciones difíciles y otras maravillosas. Recuerdo claramente que en los días posteriores a su muerte sentía una constante sensación de *irrealidad*. Cuando comenté esto a Don Ignacio me dijo:

“Estamos conectados con todas las personas que conocemos y con otras. Lo hacemos a través de hilos luminosos y cuando lo miras desde la distancia es claramente una red. De eso hablo cuando te digo que la red que nos une ha sido rasgada por el

individualismo. Porque aprendemos a ignorar la información que nos llega a través de esos hilos. Pero lo normal es que esos hilos estén activos y que por ellos circule información, generalmente en forma de imágenes y de emociones.”

Dicho flujo es constante; ahora bien: cuando uno de los componentes de la red es de pronto “tragado” hacia otro mundo (muere), las conexiones inmediatas siguen activas y atraviesan los umbrales uniendo los mundos por un tiempo limitado hasta que se van disolviendo, pero, durante ese tiempo en que continúan activas, crean un halo de irrealidad en nuestro mundo que alcanza a las personas conectadas al emigrante. Es la presencia de Kairos, el tiempo no lineal, el tiempo existencial mientras que Chronos es el tiempo cronológico, el tiempo que usamos para medir las horas. En Kairos no existe la muerte.

Así fue cuando murió mi padre. En las siguientes horas y días sucedieron cosas inexplicables: sensaciones, encuentros, abrazos con hermanos ligados a mí a través de mi padre, pero desconocidos hasta ese instante. Todos fuimos arrastrados por la misma oleada de Kairos, todo fue absolutamente fuera de lo usual, dando un giro a mi vida que no sabía a dónde habría de llevarme y eso me fascinaba. Mi *maestro* continuó su explicación:

Pero no desesperes. Yo me iré pronto, encontrarán, una forma de hacer un *túnel de escape* para evadir las consecuencias de su modo de vida y evitarán entender todo esto resistiendo al cambio.

Sin embargo, muchos de ustedes ya han sido tocados por el mensaje, han recibido nuevas improntas para construir la *gran red* y sé que ahora nada volverá a ser lo que era. Impulsarán un cambio que eventualmente se extenderá a toda la humanidad. Es cuestión de tiempo.

Mientras tanto no se relajen si creen que consiguen hacer trampa y librarse de mí. Sólo crearán la necesidad de que lleguen otros quizás más duros de lo que soy yo; con nuevas formas y aspectos, hasta que comprendan que el único enemigo, *la única amenaza es lo que separa a unos de otros y muchos de ustedes se dedican a eso exactamente: separar.*

El miedo no se resuelve con tener más, con protegerse mejor, con imponer nuestra forma de pensar, sino con estar conectados con los otros, sabiendo que cada uno es distinto y tiene algo que aportar, aunque desde la propia perspectiva no lo noten. Necesitan abrirse a la posibilidad de acoger esta información foránea, aunque esto signifique domesticar a vuestro aterrorizado ego; renunciar a tener la verdad, a ser mejores, a tener más, a ser los únicos... Eso será necesario para activar los puentes que nosotros, los virus, creamos mucho más rápido

que las combinaciones genéticas que transmiten la vida a través de las generaciones.

Preguntaste para qué hago lo que hago: Mi función principal es *reparar la gran trama del Todo*, reunir, sanar lo que ustedes separaron. *Eso* es lo que estoy haciendo.

Gracias

Guillermo Daniel Leone

www.guillermoleone.com.ar

Facebook: <https://www.facebook.com/guillermo.leone>

Licencia creative commons 4-0

Ud. es libre de compartir, modificar y usar de cualquier forma este contenido citando la fuente.